

PREFIERO A MI MAMI

Enero-febrero-marzo 2012

Lunes 5

Mami: ya van dos semanas en que mis pelos aparecen con forma de interrogación. Dos semanas en que sucede así. Dos semanas con pelos que me interrogan... Sí, lo sé, súper desubicado empezar el mensaje de esta forma, pero ayer recordé mis últimos días allá, con usted y el papá, cuando también se me caía el pelo. Tal vez nunca lo notó porque cada mañana cuando me duchaba los iba agarrando uno por uno y los metía en un pedazo de papel confort que tiraba por el guáter. Después, cuando estuve en Miami (¿el clima?), no sucedió así. Todos los pelos en su lugar. Y ahora que estoy en esta ciudad; esta ciudad que es tan grande y caótica que hasta da miedo nombrarla, me está pasando de nuevo.

Y le juro también que la próxima vez me demoraré menos en responderle. Y juro también que le escribiré más largo. Lo que pasa es que todavía estoy instalándome. Por eso aún no le cuento qué hago acá y cómo funciona lo que vine a hacer a esta ciudad. Y sé que me lo preguntó, un poco enojada, en uno de los mensajes anteriores, pero no le he querido decir nada, mamá, porque sé que se va a enojar aún más. Mire: usted sabe que llevo desde los quince cuidándome. Todos los días cuatro horas en el gimnasio, metiéndome esteroides y esas otras tonteras; desayunando y almorzando bistec con papas y cenando lo que usted ya sabe: batidos, los famosos batidos de proteínas que le costaban un ojo de la cara y que comprábamos por internet. No sé para qué le cuento esto si usted lo sabe. Lo que no sabe es lo que sucedió cuando me mandaron a Miami, mamá. Sí, con la beca; la famosa beca para jóvenes físicoculturistas latinoamericanos con proyección internacional. Esos dos años en que me prepararían para las competencias; para ser el mejor, el número uno, orgullo nacional. Y así fue: llegué a Miami, nada de playa, derecho a las clases, aumenté mis horas en el gimnasio, tomé más batidos, más carne, y por las noches, en los dormitorios del internado, veíamos las películas de Schwarzenegger, quien también estuvo acá, hace tiempo eso sí, con una beca del gobierno austriaco.

Bueno, ahora la firme: apenas llegué a la escuela de fisicoculturistas, la primera semana, me enfermé, mamá. Me cagué de miedo y me llené de tristeza. Quería regresar. Acá le dicen homesickness, literalmente estar-enfermo-de-hogar. Mami: me sentí ajeno. Tanta gente musculosa que hablaba puras huevadas; tantas conversaciones aburridas y esos batidos que nunca se acababan; el mismo sabor dulce pero no dulce, y la consistencia como barro en mi garganta. En fin, mami, llevo dos meses mintiéndole. Me salí de la academia hace un tiempo. O en verdad no me salí, sucedió que simplemente no soy bueno, aunque lo intenté. Qué quiere que le diga, no doy el ancho. De los cien que llegan por cada promoción a la academia, sólo diez lo consiguen y pasan a ser profesionales. Yo ni siquiera estuve entre los cincuenta mejores, pese a que me esforcé, mamá, se lo juro. Es cierto que aún me quedaba un año y la posibilidad de intentarlo una vez más. Pero no pude. Pensé en muchos de mis compañeros treintones y me pregunté: ¿qué hace esta gente ahora? Toda su vida entrenando para ser algo y de repente, zaz, tienen que regresar a la normalidad, buscar otra forma de vivir, pinchar todos esos músculos que por tanto tiempo inflaron. Pero yo no sé si uno se puede reinventar cuando se ha invertido tanto.

Por eso renuncié, mamá. Y conseguí un trabajo en una aerolínea finlandesa. No le diré hace cuánto

tiempo porque se enojaría, aunque tiene que entenderme, era la única forma de quedarme en este país. Por un tiempo fui el sobrecargo más feliz del mundo. Viajaba, ganaba dinero y me sentía aliviado luego de renunciar al físicoculturismo. Estuve casi un año en eso y durante todo ese tiempo le mandé cartas con mentiras, mamá. Así era mi vida: de mi departamento al aeropuerto, viaje, una noche en un hotel, viaje, hotel, más viaje, y luego, del aeropuerto a mi departamento. Y lo mismo por varias semanas hasta que un día, cuando comenzaba a replantearme si había sido una buena decisión, conocí a Jimi Fernández; un profesor barbudo y rechoncho de la Universidad de Nueva York que se asombró al ver un sobrecargo tan musculoso, morocho y subalterno en una aerolínea de puros nórdicos altos y paliduchos. Me lo dijo cuando le pasé su bandeja de comida (¿pollo o pasta?) en el vuelo, y me sonrió. ¿Hablas español?, me preguntó. Y entonces hizo más preguntas, algunas demasiado personales. Así que fui seco y cortante con mis respuestas porque, como nos enseñaron en los cursos de capacitación para azafatas y sobrecargos, siempre hay que mantener la distancia con el pasajero. Pensé que Jimi se lo había tomado mal. Pero cuando aterrizamos y estaba apunto de salir del aeropuerto, lo vi de nuevo, a lo lejos. Me hizo una seña para que lo esperara. Dijo que tenía que tomar otro vuelo en dos horas y que si me apetecía un café. No tenía nada más que hacer,

mamá, así que le dije que sí. Nos sentamos en un starbucks. Me contó su historia, le conté la mía. Hizo preguntas sobre la escuela de físicoculturismo; le hice preguntas sobre su trabajo como académico. Pedimos otro café. Hablamos más. Entonces hubo uno de esos silencios extraños y me dijo que mi caso era perfecto. No entiendo, le contesté. Ahora te explico, respondió y habló del PEC: Programa en Escritura Curativa. Ante mi cara de asombro, repitió que mi caso era perfecto. Sigo sin entender, le dije. Jimi continuó hablando, pero por dentro yo me hacía preguntas. ¿Por qué me estaba contando esto si yo, apenas, tengo un título de profesor de educación física?, ¿por qué me habla de volver a la universidad con tanto entusiasmo?, ¿no se nota en mi cara que soy un hombre de esfuerzo y acción, y no de libros ni teorías? Pero me quedé callado. Me pasó una carpeta con más información sobre el PEC. Jimi se despidió y fue a tomar su avión. Revisé los documentos, mamá. El PEC es un programa experimental para la gente que no ha alcanzado la meta que se ha propuesto. Seguí leyendo. A través de un tipo de escritura curativa, decía el documento, ayudamos a los casi-casi del mundo. No le voy a dar la lata, mamá, pero luego venían una serie de explicaciones sobre los tres meses de clases y sesiones; en qué consistía la beca y otras cosas así. Al final del documento estaban los datos de Jimi y los formularios para postular.

Un poco tiritón y sin saber cómo reaccionar a la oferta que la vida me puso enfrente, fui a uno de los baños del aeropuerto. Estaba feliz, mamá. Ese encuentro con Jimi no había sido fortuito, estaba seguro. Fue un accidente, pero un accidente feliz; de esos que cambian la vida para bien. Me puse frente al espejo y saqué músculos; hice algunas poses, respiré para controlar mi adrenalina cuando, en el reflejo, apareció otra persona. Ese no era yo, mami. Era otro; un yo posible; una versión feliz y futura mía. Y pensé: qué vale la vida si no podemos doblarle la mano. Y dije: qué huevada, lo voy a hacer, postularé.

Sé que nunca le gustó la idea de que su hijo renuncie a un trabajo –y un buen trabajo además– para cometer una estupidez como ésta. Pero ya le dije: qué vale la vida si no podemos doblarle la mano. Yo creo que nada. Porque la vida es una competencia de gallitos. Y lo mejor es ganarla.

Miércoles 17

Mami: sé que no le gustó mi último mensaje. Lo sé por su silencio que se alarga y se alarga. Como esas mañanas cuando me negaba a entrenar y usted se enojaba; me sacaba en cara la cantidad de dinero que estaban invirtiendo en mí, y entonces,